

# E. General Alvaro Obregón y los Obreros

"Yo, por mi parte, declaro que rechazaré de plano cualquier programa de Gobierno que llegare a proponerse, por grande que sea la fuerza política del partido que lo intente, si dicho programa estuviere en pugna con los principios fundamentales que sirvieron de bandera a la Revolución".

(Fragmento de la última carta del general Obregón a la Federación Obrera de Hilados y Tejidos del Distrito Federal.)

Pocos pueblos tienen una historia tan llena de sangre como el mexicano. La gestación de su nacionalidad no ha podido ser más dolorosa ni más triste; desde la insurrección de Dolores a poco seguida por las hondas diferencias entre los jefes insurgentes, hasta nuestros días, motines y cuarte-lazos, usurpaciones y golpes de Estado, se han sucedido constantemente, llenando de luto y manchando de ignominia la historia nacional. Nos han sobrado "patriotas", nos han sobrado "héroes", nos han sobrado "mártires", luchadores por la libertad, redentores del pueblo, de este pobre pueblo eternamente redimido y eternamente expoliado por sus "redentores".

Haciendo a un lado nuestra diversidad de tendencias, resultado de nuestra heterogeneidad étnica; sin tomar en cuenta nuestra naturaleza bélica e incostante; sin hacer caso de nuestra incompetencia democrática que nos cierra la puerta a la resignación de saber perder; vamos a fijarnos en uno de los más grandes factores de la perenne desgracia en que estamos hundidos como en un abismo infernal,

de donde no tenemos la esperanza de poder salir. Y ese factor, fuente inagotable de oprobio, foco espantoso de infección que todo lo invade, que todo lo pervierte, que todo lo apesta, ha sido la poca honradez de nuestros gobiernos.

La apreciación es dura, pero cierta; el lodo que macula el prestigio nacional ha provenido siempre de arriba; de arriba nos han venido siempre el desenfreno, la desverguenza, la disolución. El fusilamiento ilegal nos ha enseñado el camino del asesinato; el peculado nos ha alentado a robar; la ociosidad administrativa nos ha hecho indiferentes a la marcha del interés nacional. Y es porque el gobernante, como el maestro, como el sacerdote, por su obra de rectificación y de encauzamiento a las torcidas manifestaciones sociales, deben aparecer ante los hombres que dirigen, que enseñan o predicen, como los primeros obedientes a las reglas cuya observancia pretenden implantar.

Y la verdad es esta: todos nuestros gobiernos, todos los candidatos a constituirlos, para conquistar la voluntad del pueblo, lo abruman a promesas; protestan hacer de la nación un paraíso, donde ríos de leche y miel susurren bajo ópimas frondas; donde un sol de bucólica paz y hermosa libertad brille sobre los campos, sobre las ciudades, y prenda con oro verdadero la cumbre de los montes. El pueblo escucha absorto el melodioso canto de las sirenas y sonríe forjándose halagadoras ilusiones: infeliz pueblo que sólo así ha disfrutado, aunque espiritualmente de una tregua a sus infortunios, para gemir después entre las garras de sus fetiches convertidos en tiranos, flageladores de las mismas espaldas que les sirvieron para escalar el poder.

Hemos obtenido hermosos triunfos legislativos, triunfos que no han alcanzado muchos de los pueblos más adelantados de la tierra, pero la administración de la justicia en el país no ha podido ser más corrompida; nuestros recursos generalmente han debido bastar para la satisfacción de las necesidades públicas, pero con muy honrosas excepciones, sólo han sido pasto de la insaciable rapiña de unos cuantos, han servido para acumular las fortunas de los próceres. ¿Y qué ha sido de las promesas de redención al pueblo mexicano? Palabras, palabras, palabras! El pueblo agobiado por la lluvia de fango que de arriba cae, sólo comenta y sufre, y desengañado de todos los gobiernos los deja que obren a su arbitrio; su espíritu de iniciativa muere; se vuelve insensible a las desgracias nacionales, y apenas se preocupa de que el país marche a la degeneración y a la ruina.

Tales reflexiones las hacemos a propósito de la última carta que el general Alvaro Obregón dirigió el mes antepasado a la Federación Obrera de Hilados y Tejidos del Distrito Federal. Esta sociedad sometió al criterio del mencionado jefe, la lista de principios que sostiene, y que se refieren a los medios de mejorar la situación de la familia obrera mexicana, para que el divisionario sonoreense los tomara en cuenta al formular su programa político. Nuestra clase obrera, que tan indiferente ha sido en otras épocas a los negocios de la cosa pública, empieza por tomar participación en ellos de una manera decisiva. Es un buen síntoma, pero de todos modos; el paso dado últimamente por la agrupación a que hemos hecho referencia, demuestra que el pueblo mexicano aún está sugestionado por los programas rico en promesa, aunque de hecho éstas sean irrealizables; todavía toma en cuenta el lirismo de los que pretenden ser sus elegidos, como si el programa que sugiriese cualquiera de sus componentes, no estuviera impreso en la conciencia de todos los ciudadanos a través de los acontecimientos nacionales verificados desde los primeros arranques libertarios de la independencia hasta nuestros días, como si no hubiera existido desde ha mucho tiempo un anhelo fervido y común por cuya realización se ha derramado tanta sangre hermana en nuestras interminables revoluciones. Y esto último fue lo que el general Obregón respondió a los obreros con las siguientes frases llenas de noble franqueza: "Por lo que respecta a programas de adelanto social y político de que tanto han hablado los políticos teorizantes, como una necesidad para la orientación del país

en el combate que sostuvo con numerosa partida de zapatistas tendía atacar la hacienda de ... en el Estado de México objeto de llevarse la caballería que en la actualidad tiene la finca.

El combate se prolongó por espacio de horas después de las cuales se arrojaron a los zapatistas, que por poderosos esfuerzos para las fuerzas comandadas por el coronel López.

Después de consumar la derrota de aquél, el propio jefe ordenó que un batallón del regimiento a sus órdenes se dedicase a perseguir a los rebeldes, a quienes se les dió alcance en el rancho Viejo, causándoles numerosas bajas.

En la parte respectiva se informa que los zapatistas tuvieron 20 bajas, entre ellas seis heridos, tres de los cuales murieron a consecuencia de sus heridas.

## Noticias de Importancia sobre la Fibra de Maguey

Desde la guerra europea fueron varios substitutos del algodón

horto a ...  
to a la R  
elecciones

Hace en el señor M que esta es un compañero de la dura del Obregón, pero de dar aquélla, pido que se le ma que el Obregón, dice del Partido ta, pero no Obregón; do gobernador de tr que sepan gen la for

Para co hace uso de quez y m Obregón n su gobiern electores l ral Consti rá próxim a don pod legado qu desde año cuáles son guros de guar en ral Obreg vuestras r pues de to los actos

Monito  
Republican  
Sep. 13/19

## El Gral. Obregón....

(Viene de la 3a. página.)

en la contienda electoral que se inicia, creo sinceramente que se incurre, de buena o de mala fe en un lamentable desvío, porque estimo que el programa ya existe y es tan avanzado, que muchos de esos mismos políticos y muchos de los que estuvieron incorporados al movimiento reformista que le dió vida, aparecen ahora como sus enconados opositores que lo combaten rudamente en nombre de conveniencias políticas, y muchas otras teorías más, oponiendo toda clase de esfuerzos a su desarrollo práctico. Ese programa lo constituyen precisamente las reformas de Querétaro, fundidas en la Constitución al calor de un noble radicalismo, cuando apenas se había extinguido el estruendo del último cañonazo disparado en la sangrienta contienda; cuando no sonaba todavía la hora de las abiertas claudicaciones en las conciencias de algunos prohombres de la Revolución".

Por eso decimos a los obreros: de cualquier lado que os inclinéis, exigid una sola cosa a vuestros candidatos: buena fe, honradez, sinceridad. No os fijéis en programas hermosos, esos programas de que se han valido los pérfidos para explotar vuestro sudor, vuestra sangre y vuestras lágrimas; "tomad sólo en cuenta quiénes son los hombres que han sabido defender con mayor apego al deber, esos principios que sostenéis, sin entrar en componendas ni confabulaciones con quienes los combaten", tapad fuertemente vuestros oídos, como Ulises al cruzar con vuestros ideales este proceloso mar que arroja a la Patria mexicana a la amarga espuma de sus perfidias, de sus traiciones, y no escuchéis el melifluo cantar de las sirenas que después de embancar a los pueblos se complacen en devorarles su entrañas.

WILFRIDO C. CRUZ.